

# El perfume, las mujeres y el amor de transferencia

*Daniel Rodríguez*

## **GRENOUILLE, UN CASO CLINICO**

Grenouille, extraño ser dotado de una excepcional capacidad olfatoria es el personaje central de la novela *El perfume* de Patrick Suskind (1986).

Algunos fragmentos escogidos de la misma lo muestran en momentos cruciales de su constitución como sujeto:

“Grenouille, sentado sobre el montón de troncos con las piernas estiradas y la espalda apoyada contra la pared del cobertizo había cerrado los ojos y estaba inmóvil. No veía, oía, ni sentía nada, sólo percibía el olor de la leña, que le envolvía y se concentraba bajo el tejado como una cofia. Aspiraba este olor, se ahogaba en él, se impregnaba de él hasta el último poro, se convertía en madera, en un muñeco de madera, en un Pinocho, sentado como muerto sobre los troncos hasta que, al cabo de mucho rato, tal vez media hora, vomitó la palabra 'madera', la arrojó por la boca como si estuviera lleno de madera hasta la orejas, como si pugnara por salir de su garganta después de invadirle la barriga, el cuello y la nariz. Y esto le hizo volver en sí y le salvó cuando la abrumadora presencia de la madera, su aroma, amenazaba con ahogarlo. Se despertó del todo con un sobresalto, bajó resbalando por los troncos y se alejó tambaleándose, como si tuviera piernas de madera. Aún varios días después seguía muy afectado por la intensa experiencia olfatoria y cuando su recuerdo lo asaltaba con demasiada fuerza, murmuraba 'madera, madera' como si fuera un conjuro. Así aprendió a hablar. Las palabras que no designaban un

objeto oloroso, o sea, los conceptos abstractos, ante todo de índole ética y moral, le presentaban serias dificultades” [...] “el lenguaje corriente habría resultado pronto escaso para designar todas aquellas cosas que había ido acumulando como conceptos olfativos.

Pronto no olió solamente a madera, sino a clases de madera, arce, roble, pino, olmo, peral, a madera vieja, joven, podrida, mohosa, musgosa, e incluso a troncos y astillas individuales y a distintas clases de serrín y los distinguía entre sí como objetos claramente diferenciados, como ninguna otra persona habría podido distinguirlos con los ojos.

Todas estas grotescas desproporciones entre la riqueza del mundo percibido por el olfato y la pobreza del lenguaje hacían dudar al joven Grenouille del sentido de la lengua y sólo se adaptaba a su uso cuando el contacto con otras personas lo hacía imprescindible” [...]

“Había reunido y tenía a su disposición diez mil, cien mil aromas específicos” [...]

“con su sola fantasía era capaz de combinarlos entre sí, creando nuevos olores que no existían en el mundo real. Era como si poseyera un inmenso vocabulario de aromas que le permitiera formar a voluntad enormes cantidades de nuevas combinaciones olfatorias, a una edad en que otros niños tartamudeaban con las primeras palabras aprendidas, las frases convencionales, a todas luces insuficientes para la descripción del mundo. Si acaso lo único con que podía compararse su talento era la aptitud musical de un niño prodigio que hubiera captado en las melodías y armonías el alfabeto de los distintos tonos y ahora compusiera él mismo nuevas melodías y armonías, con la salvedad de que el alfabeto de los olores era infinitamente mayor y más diferenciado que el de los tonos”.

Aprender a hablar no es cualquier cosa para Grenouille; hasta que logra vomitar la palabra liberadora lo vemos secuestrado en una relación mortífera.

La importancia de un primer movimiento de expulsión ha sido señalado en la teoría psicoanalítica como un mojón fundamental, que sienta las bases para empezar a jugar como sujeto en el juego de la vida.

En el conocido ejemplo del Fort-Da, de *Más allá del principio*

*del placer* (Freud, S., 1920), en que el niño, carretel y palabra mediante, podrá tomar distancia y simbolizar la angustiante alternancia materna, Freud señalará el predominio del movimiento de lanzamiento del juguete con respecto al de su recuperación. Años más tarde, en *La negación* (Freud, S., 1925), nos hablará de la importancia de un primer tiempo proyectivo como base para el logro del pensamiento judicativo.

La emisión de esta palabra fundante y separadora instala a nuestro personaje en un mundo de diferencias, dentro del cual, y recién entonces, podrá hablar de un antes y de un después, de ventajas e inconvenientes.

Pasado el sofocón de las primeras escenas del relato, lo vemos a Grenouille instalado en un más acá más comfortable; enfermo ya de humanidad, empieza a mostrar algunas características molestas de los seres parlantes. Porque aunque no tenga reparos en apelar a las palabras como mágico conjuro obsesivo frente al recuerdo-llamado del más allá, se mostrará insatisfecho con su reciente adquisición, formulándose preguntas acerca del sentido del lenguaje al que encontrará escaso e insuficiente.

Ante una falla sin responsables a la vista, Grenouille tendrá una respuesta atinada pero infrecuente entre los mortales: no hará de algo (su insatisfacción) un alguien, o de una frustración un frustrador, sino que se las tomará con el lenguaje mismo.

A la manera histérica sufrirá de reminiscencias, evocando con nostalgia la supuesta riqueza de un mundo del que no parecía poder disponer, porque Grenouille, si algo ha perdido en este paso estructurante, es un objeto sólo retroactivamente marcado como rico, ha perdido algo que no tenía.

Si Grenouille se dedicase a la Psicología, quizá adscribiría a modelos genético-evolutivos, e intentaría demostrarnos cómo las diferencias ya estaban presentes en el campo de la sensorialidad antes que las palabras llegasen como recurso insuficiente para expresarlas.

¿Puede el ser humano tener una evidencia del objeto no mediada por la palabra?... Algo así se plantea Freud (1930) en *El malestar en la cultura*, a propósito del sentimiento oceánico; este sentimiento de indisoluble comunión, de inseparable pertenencia a la totalidad del mundo exterior, sin límites ni barreras que en su variante persecutoria aparece en nuestro ejemplo, difícilmente sea primario, dice Freud. Dudando que “el hombre pueda

intuir su relación con el mundo exterior a través de un sentimiento directo”.

“Pronto”, dice el texto de Suskind, o sea después –digo yo– “no olió solamente a madera, sino a clases de madera...”. Algo<sup>1</sup> tuvo que pasarle a Grenouille para poder operar combinatoriamente con estas categorías, “componiendo nuevas melodías y armonías”, pero, una vez que accedió a las mismas, automáticamente dio por sentada su preexistencia en el hasta entonces terrorífico e indiscriminado mundo de los olores.

Sin ánimo de reflatar la recurrente discusión estructura-historia, que nos envuelve con frecuencia, me interesa señalar cómo esta operación de constitución-castración, que vivifica y divide a Grenouille, instaura dos campos entre los que reinará una tensión irreductible, una diferencia de potencial sin solución, que se parece bastante a aquello que en psicoanálisis calificamos como deseo.

¿Con cuál nos quedamos?, ¿dónde preferimos estar?, ¿en el resguardo insuficiente de las palabras?, ¿o en la añoranza de un mítico mundo natural al que supuestamente podríamos retornar? Más allá de gustos, o mejor dicho de posibilidades, lo que se puede observar es la falta de armonía, o correspondencia total entre ambos territorios. La diferencia, lo que se pierde en el momento de constitución de los mismos, será la causa de un eterno movimiento de uno hacia otro, empujando en pos de una nivelación imposible.

Antes de dejar descansar nuestro ejemplo nos quedan algunas fragancias por extraer de este insólito ingreso de Grenouille al mundo de la cultura por vía de la autogestión.

La ausencia de otros personajes ya comentada, que hace a lo poco creíble de esta posibilidad de subjetivación, nos da la chance, al anular la vertiente imaginaria del Edipo, de acceder a una visión descarnada del mismo, en donde lo jerarquizado pasa a ser el momento de intersección del personaje con la estructura del lenguaje.

El vínculo inicial asfixiante con la madre, casi un anagrama de la palabra madre, en su nada idílica presencia, es una buena representación del devorador deseo materno, tal como aparece

---

<sup>1</sup> Algo parecido a lo que le sucedió al inerte Dick luego de que M. Klein le pusiese en marcha diciéndole “Tren Dick”, “Tren Papá” (Klein, M. 1930).

descrito en las fantasías kleinianas o en las observaciones más tardías de Freud, referidas a la fase preedípica de la niña.

Por otra parte, el efecto de salvataje operado por la función paterna es posible de ser figurado por ese movimiento que ubica a Grenouille en el mundo de las palabras.

El despegue del objeto materno incestuoso nunca es completo, la hegemonía de lo simbólico no es total; si el sepultamiento del Edipo fuese algo definitivo y no una mera represión, los vínculos objetales primeros se trasvasarían sin retorno al sistema de identificaciones que resulta del proceso.

El principio del placer en su estado puro, que llevaría a la extinción total, al cero (como sugiere una de las especulaciones de *Más allá del principio del placer*), es sólo pensable teóricamente como posibilidad; la incorporación de un más allá instaurará la tensión permanente inherente a la vida.

#### **LAS MUJERES, FREUD Y EL PSICOANÁLISIS**

Suele decirse que el psicoanálisis se fundó gracias a la sociedad que se estableció entre el empuje de las histéricas y el genio freudiano. Lo cierto es que la nueva disciplina irrumpió como un intento de explicar una clínica para la cual el saber médico de entonces no aportaba respuestas satisfactorias. Pero, en este nuevo campo nacido en parte por la presión femenina, el lugar de las mujeres fue incierto durante un largo período.

A medida que se iba construyendo el edificio teórico psicoanalítico se podía observar cómo el mismo albergaba cómodamente a la clínica masculina dejando en un umbral de penumbras a la femenina. Las socias fundadoras dormirán afuera un tiempo, aunque se las verá permanentemente presentes, a lo largo de distintos historiales, en la razón de ser de aportes y modificaciones.

Esto se notará en los distintos jalones que van marcando la evolución del psicoanálisis, tales como el establecimiento de la fantasía que pasa a ocupar el lugar del padre seductor, la teoría de la transferencia, Dora mediante, o la del deseo como insatisfecho, gracias a los oficios de la bella carnicera.

El proceso se repetirá varias veces, la clínica presiona, las mujeres no acogen “tan dócilmente” la teoría psicoanalítica que los hombres por su lado llegan sumisamente a estudiar-le a Freud,

generándose modificaciones en el corpus. Como ya se dijo, las modificaciones teóricas, como un consuelo de saber nuevo, no incluirán claramente a las querellantes ni colmarán su insatisfacción.

Es que, como se irá viendo, no se trata tanto de hacerles un lugar dentro del saber, sino más bien de dar cuenta de esta función misma de exterioridad en la comprensión de la sexualidad femenina en particular, y de la humana en general. Temas cruciales como castración, Edipo, Superyó, tendrán que ser re-procesados a la luz de los aportes proporcionados por la elaboración más acabada de la sexualidad femenina.

En varios momentos de su obra Freud se detendrá para comparar la sexualidad masculina con la femenina, haciendo una puesta al día de los conocimientos alcanzados. En una marcha con contramarchas, pasará por distintas etapas hasta llegar a la conclusión de sus marcadas diferencias, luego de manifestar en un principio su ignorancia al respecto, o de suponer durante un período que eran equiparables.

Las diferencias quedarán explicitadas en *Consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica* (1925), en *Sexualidad femenina* (1931) así como en las *Nuevas conferencias...* de 1933, y el *Esquema...* de 1940, textos que servirán de referencia para las consideraciones que siguen.

Una serie de rasgos de carácter atribuidos a la mujer, tales como ciertas diferencias en cuanto a lo ético, o al sentido de justicia, el mayor peso de los sentimientos en la toma de decisiones, o una mayor fijación al objeto con la consiguiente dependencia amorosa, serán explicados desde la renovada metapsicología de estos artículos.

Uno de los cambios importantes a señalar es el que se da en la relación entre el complejo de castración y el Edipo; si en el varón la amenaza marcaba la obligada declinación del complejo, en la mujer, el hecho ya consumado le abría las puertas al mismo, planteándose tres opciones, de las cuales una sola llevará a la auténtica femineidad, previo cambio de zona erógena (clitoris por vagina), y de objeto (la madre por el padre).

Hay que advertir que no estamos sólo frente a una modificación en la secuencia de los hechos, éste es uno de esos casos en los cuales el orden de los factores altera el producto. Porque la eficacia socializante del Edipo masculino para lograr el despegue

del objeto incestuoso, con la consiguiente sustitución por identificaciones constituyentes del Superyó, no mostrará en la mujer la contundencia que la amenaza de castración le prestaba.

Faltando el motor de la elección forzada, y si lo peor ya sucedió, lo que empujará a la mujer en su largo y azaroso camino serán las desilusiones, el temor a la pérdida de amor, y la esperanza de una recompensa por vía de la maternidad.

Si el proceso no es tan nítido, si el Edipo no cierra tan claramente en la mujer, sus resultados serán más inciertos. Cabe la posibilidad de que la mujer no alcance del todo la meta, su apego al objeto será mayor, y el superyó, en su función interdictora, mostrará endeblez, de tal modo que los resultados culturales esperables del Edipo femenino serán inferiores.

Todas estas modificaciones llevarán a Freud a preguntarse si el Edipo en la mujer no deberá considerarse una formación secundaria, así como a rechazar el término de Complejo de Electra; en la medida en que aceptarlo entrañaría una analogía con el del varón que él no quiere sugerir.

O. Masotta (1972), que aparecerá con frecuencia en este trabajo, decía que el complejo de Edipo freudiano distaba de ser un objeto teórico unificado, siendo más bien una especie de monstruo hecho de dos pedazos: el Edipo del hombre y el de la mujer. Estos dos pedazos que no cierran armónicamente pueden mostrar en un análisis más microscópico, diferencias en sus elementos componentes. Estudiando comparativamente el lugar del padre en ambos, vemos que mientras en el Edipo masculino éste tiene que ver con una interdicción o un ideal identificatorio, en las descripciones sobre el femenino el padre se acerca más al estatuto de un objeto. Por esta razón los intentos de establecer continuidades teóricas entre el Edipo freudiano y el temprano postulado por Klein (1930) pueden sostenerse más fácilmente si se toman como base las descripciones freudianas sobre la sexualidad femenina.

El carácter secundario del Edipo en la mujer, el rango de objeto suplente adjudicado al padre, la imagen de la madre devoradora en la base de la paranoia en la mujer, se acercan mucho a las fantasías inconscientes kleinianas de las primeras relaciones de objeto.

Repasando las descripciones sobre la femineidad, así como las teorías que intentan explicarla, hemos ido viendo cómo la mujer,

sobre todo en lo que podría llamarse su ser social, aparece marcada por un signo menos.

Esta diferencia encuentra un lugar teórico en el artículo sobre *La organización genital infantil* (1923), en el que Freud comenta que para este estadio “hay por cierto algo masculino, pero no algo femenino”, “la oposición reza aquí: genital masculino o castrado”.

En el transcurso del año 1990<sup>2</sup> las investigaciones biológicas dan cuenta de un hallazgo: luego de treinta años logró localizarse en el cromosoma Y el gen que determina que un embrión humano, potencialmente bisexual, se haga macho o hembra. El gen en juego, es denominado Factor Determinante de Testículos (TDF), y el artículo comenta: “en términos puramente informáticos se podría decir que por presencia o ausencia ese gen divide a la humanidad en hombres y no hombres”.

El discurso de la ciencia redobla al psicoanalítico, y más allá de las tentadoras correlaciones que esto pudiera despertar, y en tanto no aparezca un Factor Determinante de ovarios, nos encontramos con la coincidencia que tanto para la biología como para la teoría freudiana, el lugar de la mujer debe organizarse en torno a una ausencia, a una falta.

A los pocos meses la novedad es confirmada por otro grupo de investigación, y la nota, similar a la anterior, trae un agregado: “en términos puramente informáticos, y sin mediar machismos de ninguna índole, el TDF divide a la humanidad en hombres y no hombres, por presencia o ausencia”<sup>3</sup>. Parece que cuando se tocan estos temas, el periodista se siente tan obligado como lo estuvo Freud, de aclarar que se está hablando de diferencias y no de valores.

En *El malestar en la cultura*, la falta femenina se plantea como un déficit en la capacidad sublimatoria de los instintos, y la mujer se presenta en una posición contradictoria: las mismas mujeres que se oponen a la corriente cultural son las que originalmente establecieron el fundamento de ella (en alusión a la familia) con las exigencias de su amor. Por ello, “la obra cultural se convierte cada vez más en tarea masculina”.

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones, ¿cuál es el lugar que le va quedando reservado a la mujer?, porque con un

<sup>2</sup> *Clarín*, 19 de julio de 1990.

<sup>3</sup> *Clarín*, 1 de diciembre de 1990.

Edipo de cierre dudoso, un superyó frágil y una escasa capacidad sublimatoria, es como para empezar a dudar sobre la consistencia de su aparato psíquico. ¿No habrá que terminar pensando lo que dirá Lacan años más tarde, que las auténticas mujeres tienen algo de extravío? (Lacan, J. 1971).

Freud contará con un recurso para salir del atolladero: lo que salva a la mujer es que tiene algo de hombre: “es innegable que la disposición bisexual postulada por nosotros como característica de la especie humana, es mucho más patente en la mujer que en el hombre” (Freud, S., 1931). En el fondo todos somos bisexuales, pero a las mujeres esto se les nota más.

Desde su teoría del Significante, Lacan (1971) intentará formalizar muchas de estas cuestiones, y el efecto socializante de sustitución de vínculos de objeto por identificaciones (tener por ser), descrito por Freud, se planteará en términos de ingreso o no al régimen binario de presencia/ausencia del orden simbólico. Las dudas freudianas en lo concerniente a la femineidad se expresarán en sus fórmulas de la sexuación, que nos hablarán de lo incierto de la sujeción femenina al régimen fálico.

“Las mujeres están no-todas sometidas a la función fálica” dirá Lacan (1971), conservando así un equívoco que sugiere tanto la posibilidad que algunas se inscriban y otras no, como que para cada mujer una parte de ella cumpla con la función y otra escape a este registro.

El misterio de lo femenino que siempre preocupó a Freud, lo contingente, lo indecible, aparece en esta relación de las mujeres con la función fálica.

Algo escapa a la hegemonía de lo simbólico y su mecánica combinatoria de metáfora y metonimia; lo que no se deja reducir tiene que ver con lo que podríamos llamar el polo femenino de la bisexualidad humana.

#### **NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE EL AMOR DE TRANSFERENCIA<sup>4</sup>**

Cuando en la literatura psicoanalítica se presenta el tema del amor de transferencia, pueden delinearse dos formas de trata-

---

<sup>4</sup> Todos los párrafos transcriptos, salvo indicación contraria, pertenecen al texto *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*, de Sigmund Freud (1915).

miento del mismo.

En un caso, hablando del amor de transferencia en un sentido amplio, como de las pasiones o afectos en general, se pasa revista a una variada gama de manifestaciones que van desde la búsqueda de un leve guiño de complicidad del analista, hasta intensas tempestades transferenciales.

En estos casos en que el abanico clínico es amplio, el sexo de los participantes no hace demasiado a la cuestión. Pero cuando se hable del amor de transferencia en un sentido más restringido, como quien habla de una especie dentro del género, el sexo de los personajes pasa a tener relevancia, y la escena base la configuran una joven y apasionada mujer con un asediado analista que parece preguntarse qué hice yo para merecer esto.

El artículo de Freud, al que todo analista en el fragor de alguna embestida transferencial acudió buscando algún know-how, pertenece al segundo grupo. Pasada la desilusión por no encontrar en él alguna precisión técnica que permita apagar el incendio, nos encontramos con una serie de reflexiones que conservan toda su lozanía.

Allí se ve cómo no es preciso que el analista haga algo especial para merecer el desborde transferencial, basta con que instaure la situación analítica como propuesta para hablar de lo más íntimo, para que esta posibilidad esté presente. Más allá de su persona o sus intenciones, la estructura misma del dispositivo analítico ejerce un papel de seducción, y el analista tendrá que asumir la responsabilidad que esto implica.

En este artículo, en el que la aparición de la mujer en escena tiene una razón de ser no circunstancial, aunque la teoría de entonces no daba para explicarla. Freud hará una serie de reflexiones sobre el amor, la técnica, el lugar del analista, y, las mujeres.

Una advertencia inicial señalará que las dificultades en la tarea analítica pasan más por el manejo de la transferencia que por la interpretación de las ocurrencias del paciente. El término manejo parece más ligado a la segunda tópica por venir; si el Inconsciente se prestaba con cierta docilidad a una tarea de desciframiento, el Ello, en cambio, según palabras de Freud, habrá de ser conquistado, y no sin lucha previa.

El tema del amor guarda relación con lo pulsional, zona de turbulencia, donde el analista tendrá que vérselas con las fuerzas

más explosivas.

Cuando de pulsión se trata las metáforas animales están a la orden del día, y los “perros dormidos” que Freud dudará en despertar en *Análisis terminable e interminable* (Freud, S., 1937), a propósito de la discusión sobre técnicas activas, están bien despiertos en este artículo de 1915; la cuestión será cómo mantenerlos en carrera el tiempo suficiente.

El amor, como las mujeres, no se lleva bien ni con el significante ni con el saber, porque “los episodios amorosos son inconmensurables” y “se sitúan en una página especial que no admite ninguna otra escritura”.

Hasta que no entra en escena la paciente muestra “favorable acogida a las explicaciones del analista” pero, a partir del momento en que se instaura la demanda amorosa, la mujer ya “no tiene respeto alguno por las comunicaciones bien fundadas del médico”.

Freud se pregunta reiteradamente acerca de la esencia de este amor que irrumpe en la cura y ninguna de las características que va encontrando le parecen específicas. Su carácter compulsivo de repetición de modelos infantiles, su escasa prudencia y poco cuidado por las consecuencias, no alcanzan para negarle el carácter de genuino al amor de transferencia, como para separarlo de los otros enamoramientos.

Lo único que queda con cierta especificidad guarda relación con el momento de su aparición, porque el amor eclosiona cuando el proceso de la cura estaba acercándose a tomar contacto “con un fragmento muy penoso y fuertemente reprimido de su biografía”.

El amor es pues un obstáculo que surge en el curso de una investigación, lo que le confiere el estatuto de una resistencia. Desde un punto de vista secuencial, habrá de tener necesariamente un lugar segundo en el proceso.

Pero, el amor no será todo, o sólo, resistencia, será también la gran posibilidad de arribar a una serie de metas que el analista no deberá perder de vista en su horizonte. Los fines del análisis enumerados aquí por Freud distan de constituir un conjunto homogéneo; algunos pertenecen al orden del conocimiento: “llevar a la conciencia lo más escondido de la vida amorosa”, o “descubrir la elección infantil de objeto y las fantasías que trae urdidas”; otras tendrán que ver con un mayor grado de libertad

psíquica por movilización de fijaciones pulsionales, y no faltará alguna promesa de satisfacción amorosa al final del camino, para las que sepan esperar, no dilapidando su capital amoroso en el desarrollo de la cura.

En la medida en que el amor es el camino de acceso a estas metas, será una visita esperada en todo análisis, aunque no sepamos ni cuándo ni cómo se presentará. Su aparición no podrá prescribirse, como alguno llegó a sugerir; tendrá que tener “algo del orden de lo espontáneo para convencer”.

Una vez que el analista confía en la posibilidad de extraer del amor “algo auspicioso para la cura”, lo que implica “atravesar” la transferencia y no sortearla, empiezan las preguntas acerca de cómo lograrlo.

Freud se mostrará más claro en cuanto a lo que habrá de evitarse que en lo referente a lo que sí habrá de intentar hacerse, en lo atinente a esto último mantendrá una ambigüedad... femenina.

El camino a recorrer quedará circundado por dos términos que dejarán entre sí un intervalo: frente a la chance otorgada por la demanda de amor, el analista tratará de “ni consentirla”, “ni sofocarla”. Estos dos significantes negados enmarcan un espacio que el analista deberá soportar, tratando de “dejar subsistir necesidad y añoranza como fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración”.

En este hiato en el que se ubica el amor, peleado con las palabras que a su vez lo delimitan, se libraré la batalla de la transferencia, en la que el analista tendrá que vérselas para que esta pasión suelte el rollo, se inscriba de algún modo en relación al marco, apostando a que las cosas del querer tengan alguna razón o algún porqué. Antes de irse, si es que se va, el amor nos tendrá que contar algo, porque “no se puede hacer subir un espíritu del mundo subterráneo, con ingeniosas argucias, para enviarlo allá abajo sin inquirirle nada”. Cuanto de lo proveniente del mundo subterráneo se podrá recuperar de esta forma es lo que marca los límites de cada análisis, y esto no podrá saberse de antemano.

Pero, no todos, o en este caso no todas, se avendrán gustosamente a lo que el analista tendrá *in mente* como meta. Las mujeres, que por vía del amor dan la posibilidad, son las mismas que pueden hacer fracasar la apuesta, aunque aquí las culpas

recaen sobre una categoría de ellas, sobre “aquellas de un apasionamiento elemental que no tolera subrogados, criaturas de la naturaleza que no quieren tomar lo psíquico por lo material”, sólo accesibles a “la lógica de sopas y argumentos de albóndigas”.

Pero, ¿es que se trata acaso de una categoría especial de mujeres o de una simple exageración de todo aquello que se presentó como características de la femineidad que hemos estado repasando?

Porque tolerar subrogados, aceptar sustituciones (lo psíquico por lo material) no es ni más ni menos que ingresar a un régimen simbólico de equivalencias, como el que describía Freud (1917) en su artículo *Sobre la transposición de las pulsiones, en particular del erotismo anal*. Siempre y cuando, y a la luz de desarrollos ulteriores, establezcamos que las equivalencias allí planteadas (pene = niño = heces = dinero = regalo) asientan sobre la primera de ellas, con la modificación a que nos autoriza el artículo sobre *La organización genital infantil* (Freud, S., 1923), Falo = Niño.

El acceso a la femineidad no es sólo una fuga de, sino también un ir hacia; hay una promesa de recuperación al final del camino, en donde el falo perdido pasa a ser el niño esperado; la ecuación falo = niño, razón de la serie mencionada, es un momento de todo sujeto, que la madre, como mujer, introduce.

Para que exista circulación entre los términos equivalentes, para que la cosa se ponga en marcha, y se puedan componer “nuevas melodías y armonías” es necesario que la ecuación base del sistema, falo = niño, sufra un corte.

Como desasirse del encierro potencial y ponerse en movimiento nos remite a la problemática de Grenouille, punto de partida de nuestro recorrido por el que volveremos a pasar.

#### **EL PERFUME, LAS MUJERES Y EL AMOR DE TRANSFERENCIA**

En el curso de su obra, el acento de Freud se fue desplazando del Edipo a la castración, que fue gradualmente pasando a ocupar un lugar central en la teoría, tal como puede apreciarse en un texto como *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, S., 1926).

Si la castración es desplazada de un lugar imaginario de peligro o daño corporal, y situada como en el ejemplo de Grenouille, en el punto de intersección con el lenguaje, peaje ineludible en la

constitución del sujeto, se produce un cambio de perspectiva. Éste consiste en darle al complejo de castración el rango de un universal hecho de estructura, necesario a la teoría, que no lograba sostenerse con firmeza cuando se lo quería hacer asentar en una supuesta visión anatómica o en una hipotética amenaza proferida.

La inconsistencia de estas referencias llevaba a Freud en muchas oportunidades al recurso de apoyarse en la biología o en algún mito.

La teoría de la seducción, que Freud nunca abandonó, es pasible de ser releída desde la ecuación falo = niño con una óptica más acorde con algunos comentarios hechos en *Tres ensayos* (Freud, S., 1905), cuando se refería a la naturaleza sexual, y sexualizante, de los cuidados maternos.

Con Grenouille vimos cómo la madera no es “de madera” es, como la madre, deseante, aspirando, en más de un sentido, a completarse con su producto. De esta fusión el niño deberá sustraerse para nacer como sujeto.

La castración es extraída así de un contexto habitual de amenaza o trauma, para ubicarse como “el momento fecundo por donde el sujeto queda separado de su ligazón incestuosa con la madre, para darse un objeto fuera del grupo familiar” (Masotta, O., 1972).

Si imaginamos a la célula narcisista como cerrada, cosa que sólo imaginariamente puede concebirse, ya que nace desgarrada, el sujeto podrá tener una historia, en la medida en que se sustraiga de aquélla.

La paradoja del sujeto es que la energía para procurarse nuevos objetos deberá ser extraída del lugar del que deberá sustraerse para nacer como tal.

“La castración tiene entonces dos caras: temor a aquello que es preciso acceder, retención de lo que hay que abandonar para acceder al objeto” (Masotta, O., 1972).

Dentro de la problemática unisex de la constitución objetiva, la mujer nos muestra con más nitidez el drama de su división, y aunque a veces como Grenouille se la pueda ver componiendo armonías, “jamás deja de dialogar viscosamente con el objeto primordial” (Masotta, O., 1972), representando en la bisexualidad humana lo que no se deja reducir fácilmente a los imperativos culturales, frenando con su ‘no-todismo’ las posibilidades de

completud simbólica.

La aspiración al todo, la tendencia a la unidad, que puede presentarse de distintas maneras (comprender todo, interpretar todo) subyace a muchos de los llamados desarrollos técnicos en psicoanálisis.

Hace algunos años en nuestro medio, en una especie de porvenir de una ilusión técnica, Racker (1958) desarrollaba “algunas fantasías sobre el futuro próximo de la técnica analítica”. Luego de señalar que el progreso alcanzado en el conocimiento del psicoanálisis permitía ya al analista dar interpretaciones adecuadas sin tener que esperar tanto tiempo como antes para hacerlo, nos hablaba de su ideal de entonces:

“Todos están de acuerdo, creo, en que el ideal es comprender cada frase, cada detalle, cada secuencia, debiendo conectarse este enfoque ‘microscópico’ con uno ‘macroscópico’, es decir con el enfoque de lo esencial de cada sesión como expresión de la personalidad total...”

El ideal totalizador que se vislumbra en estos comentarios parece más emparentado con el enfoque de las ciencias naturales, en donde la noción de progreso se asocia a la idea de un proceso de acumulación de saber, generándose una información pasible de ser transmitida sin pérdidas.

Freud se mostraba siempre esquivo frente a la expectativa de dar a sus lectores u oyentes respuestas técnicas. En *Análisis terminable e interminable*, cuando está tratando el tema de la “domesticación” del instinto, hace uno de sus habituales comentarios:

“Si se nos pregunta por qué métodos y medios se logra este resultado, no es fácil encontrar una respuesta, solamente podemos decir: al fin hemos de llamar a la bruja en nuestra ayuda”<sup>6</sup>.

Esta falta de entusiasmo de Freud fue entendida de distintos modos por sus sucesores; algunos la atribuyeron a un afán de preservar ciertos secretos de especialista de una divulgación perjudicial, otros pensaron que se debía al insuficiente desarrollo del psicoanálisis de entonces, déficit que se iría solucionando con el tiempo. Podríamos, ya que estamos, suponer que Freud no compartía un ideal de progreso y desarrollo tecnológico que

---

<sup>6</sup> No está de más recordar que en la jerga freudiana, la bruja era la metapsicología.

llevarse a que la técnica pasase a convertirse en la transmisión de un saber, de un saber cómo analizar.

También podemos pensar que algo de la estructura del sujeto, un resto de su constitución, del orden de lo primariamente reprimido, se resiste a estas expectativas, y esto no guarda relación con el grado de evolución alcanzado por el psicoanálisis, sino con las características mismas del objeto que a él le incumbe.

La mujer, ese polo de la bisexualidad humana que se muestra menos recostada que el hombre en la aparente comodidad de lo simbólico, queda más cerca de este objeto, abriendo las puertas a su delimitación por el camino de la demanda amorosa.

Cómo convertir este otro afán totalitarista de no querer saber nada que no sea amor, en instrumento de acceso a lo recóndito, es una posibilidad, sujeta a decisiones, cálculos y apuestas por parte del analista.

## RESUMEN

El imaginario ingreso de Grenouille, personaje de la novela *El perfume*, al mundo del lenguaje permite hacer algunas consideraciones sobre la constitución del sujeto y entender al Edipo desde una perspectiva estructural diferente de la convencional.

La posición femenina y su lugar en la subjetividad serán revisados desde un punto de vista que abarcará una serie de escritos freudianos destacándose dentro de ellos el dedicado al amor de transferencia para concluir con algunas reflexiones sobre su incidencia en la técnica psicoanalítica.

## SUMMARY

The imaginary entrance of Grenouille, a character in the novel *The perfume*, to the world of language, permit us to make some considerations about the constitution of subject and to understand the OEdipus from a structural perspective different to the conventional point of view.

The feminine position and its place in the subjectivity will be revised from a point of view that will comprehend a serial of Freudian papers, pointing out between them the one dedicated to transference love to conclude with some reflections about the incidence in the psychoanalytic

technique.

## RESUME

L'entrée imaginaire de Grenouille, personnage de la nouvelle *Le parfum*, au monde du langage, nous permet de faire quelques considérations à propos de la constitution du sujet et comprendre l'OEdipe à partir d'une perspective structurale différente de la conventionnelle.

La position féminine et son lieu dans la subjectivité seront revisés à partir d'un point de vue qui comprendra une série d'articles Freudiens, détachant d'entr'eux, celui dédié à l'amour du transfert pour conclure avec quelques reflexions à propos de l'incidence dans la technique

psychanalytique.

## BIBLIOGRAFIA

- FREUD, S. (1915). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. *A.E.*, 12.
- (1917). Sobre la transposición de la pulsiones, en particular del erotismo anal. *A.E.*, 17.
- (1920). Más allá del principio del placer. *A.E.*, 18.
- (1923). La organización genital infantil. *A.E.*, 19.
- (1925). La negación. *A.E.*, 19.
- (1925). Consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. *A.E.*, 19.
- (1925). Inhibición, síntoma y angustia. *A.E.*, 20.
- (1930). El malestar en la cultura. *A.E.*, 21.
- (1931). Sobre la sexualidad femenina. *A.E.*, 21.
- (1933). Nuevas conferencias. *A.E.*, 22.
- (1937). Análisis terminable e interminable. *A.E.*, 23.
- (1938). Esquema de psicoanálisis. *A.E.*, 23.
- KLEIN, M. (1930). La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo. En *Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1971). El saber del psicoanalista. Inédito.
- MASOTTA, O. (1972). Edipo, castración, perversión. En *Ensayos lacanianos*. Buenos Aires: Anagrama.
- RACKER, H. (1958). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Hormé.

DANIEL RODRIGUEZ

SUSKIND, P. (1986). *El perfume. Historia de un asesino*. Buenos Aires:  
Seix Barral.

Descriptores: Complejo de Edipo. Femeidad. Sexualidad  
femenina. Sujeto.

*Daniel Rodríguez*  
Conesa 921  
1426 Buenos Aires